

El tratamiento de la etimología en los diccionarios latinos generales

Antonio ALVAR EZQUERRA

Universidad de Alcalá de Henares

Al doctor don Lisardo Rubio

I PROBLEMAS GENERALES

Una de las informaciones que no suelen faltar en los diccionarios latinos es la de la etimología de las palabras, bien es cierto que en los diccionarios de carácter escolar esa información ni suele ser sistemática ni completa, pero existe. Puede sentarse, pues, como principio de todo lexicógrafo que la etimología en sentido estricto, es decir, la historia de la palabra antes de la documentación ofrecida en su diccionario, debe señalarse. Y sin embargo, este acuerdo inicial plantea de por sí problemas casi insolubles, en el diccionario que actualmente utiliza más personal, más medios técnicos y más documentación para su elaboración, el *Trésor de la langue française*, los datos etimológicos, si hemos de creer a Paul Imbs, expertísimo lexicógrafo, son un auténtico problema, en un artículo titulado «Au seuil de la lexicographie» (*Cahiers de lexicologie*, 2, 1960, pp 3-17) dice a este propósito «La indicación de la fecha o de la época de mas antigua aparición de la palabra es el punto de partida de un artículo. Todo lo que está situado antes, se refiere a la etimología, en el sentido estricto del término, lo que está situado después, comprende su historia propiamente dicha. El dominio de la etimología es a menudo un terreno impreciso, cubierto de grandes sombras y hace falta mucha ciencia y perspicacia para disiparlas, sabemos que fuera del equipo de trabajo de W. von Wartburg, los etimologistas especializados en francés y con autoridad en la materia son raros, la solución será sin duda un equipo internacional que trabaje bajo la dirección de un coordinador » (p. 7). Mientras tanto habrá que conformarse con el *Romanisches Etymologisches Wörterbuch (REW)*.

André Martinet planteo el problema desde su raíz («Pourquoi des dictionnaires étymologiques?», en *La linguistique*, II, 1966, pp. 123-131).

«Hacer esta pregunta [la del título de sus páginas] no es poner en duda la legitimidad de las investigaciones etimológicas, ni la de las colecciones alfabéticas que agrupan las etimologías de todas las palabras de una lengua. Es, propiamente, sugerir que los autores de tales repertorios deberían antes incluso de redactar sus fichas, preguntarse a qué público se dirigen y, en función de esto, orientar sus investigaciones y la redacción.»

Porque hay diccionarios y diccionarios, expone Martinet. Unos son de ciencia pura: el *Vergleichendes Wörterbuch der gotischen Sprache* de Sigmund Feist (1939³, Leiden) es un buen ejemplar, allí se encuentra, bajo cada palabra de la lengua y tras todas las conexiones posibles y evidentes, una exposición de las diferentes hipótesis, con su correspondiente crítica, verificación, aceptación total, indicación de probabilidad o, simplemente, con su rechazo. Pero no es este un diccionario para el gran público, ni siquiera para quienes no sean especialistas.

Otros diccionarios etimológicos se dirigen, esencialmente, a un vasto público de personas cultivadas, sin formación lingüística o filológica especial, pero curioso e interesado por su lengua y que se plantea preguntas a propósito de su idioma y sus relaciones con otras lenguas que conocen más o menos.

La diferencia entre uno y otro tipo no estriba en la calidad de la investigación en que se fundan. Ciertos diccionarios «científicos» pueden quedar desacreditados por unos prejuicios demasiado personales de su autor o por planteamientos anticuados y demasiado tradicionales. ¿Es que no se pueden unir en una obra exactitud y precisión científicas con la claridad y la concisión de un diccionario de consulta corriente? Desafortunadamente, tal programa es, cada vez, más difícil de cumplir: la etimología es cada vez menos una colección de brillantes hipótesis y cada vez más una historia del vocabulario fundada sobre el despojo exhaustivo de los textos. Uno de los imperativos de la investigación es evitar el doble empleo y practicar una estricta división del trabajo. Por ello, las etimologías de una palabra moderna y una palabra latina son distintas, en los diccionarios especializados y científicos, la etimología del francés «nu» acabará en latín *nudus*, si alguien siente alguna curiosidad por esa palabra deberá recurrir a un diccionario etimológico de la lengua latina, y así sucesivamente.

Pero cuando se trata de informar al público sobre los resultados de la investigación, no son imprescindibles los imperativos de una división del trabajo, y las repeticiones —de una obra a otra— no sólo son tolerables sino recomendables, para ofrecer una información amplia —aunque superficial y rápida— al lector curioso, en este caso, la práctica de casi todos los diccionarios de uso que tan sólo ofrecen el primer *etymon* encontrado fuera de la lengua en cuestión, es deplorable. Se entienden bien qué argumentos hablan en favor de la práctica del *etymon* aislado: si el libro debe ser manejable y asequible de precio, hay que limitarse y esos límites deben alcanzar antes a los datos extraños a nuestra lengua que a los

datos de la historia de nuestro idioma, porque éstos no figuran en otros diccionarios. La economía, es cierto, es una virtud tanto en un libro destinado al gran público como en una obra científica. Pero el problema estriba en que el principio del *etymon* único no se sigue con coherencia, de «filósofo» se dice «del lat *philosophus* que, a su vez, procede del gr *φιλόσοφος* (φίλος- σοφός)», o incluso se suprime el paso latino. Por tanto, es preferible disociar diccionario histórico y diccionario etimológico, si las condiciones de la edición lo reclaman, pero no se debe traicionar al público con simplificaciones exageradas o con explicaciones atractivas pero acientíficas.

Martinet insiste en la apreciación de Imbs «Más que ninguna otra rama de la lingüística, la etimología no se puede practicar si no es en equipo. Por muy amplia que sea la ciencia de un investigador no le es posible seguir todas las aproximaciones en todas las direcciones con igual competencia» (p. 127). Y concluye el gran lingüista «Queda aún por hacer, en los diccionarios etimológicos que no son instrumentos de trabajo, una dosificación satisfactoria de las aproximaciones etimológicas, de las informaciones históricas, precisiones sobre la extensión geográfica de las palabras, tanto dentro del dominio de la lengua que se estudia como fuera de este dominio, indicaciones relativas a las variaciones semánticas, a los «competidores» que una palabra dada ha descartado o eliminado, o ha desplazado de sus posiciones. Hacer figurar, en la introducción, algunos elementos de fonética histórica no tiene mucho sentido porque parece poco práctico. A lo que hay que tender es a redactar cada artículo de forma que el lector jamás se vea tentado a confundir una evolución fonética regular, una contaminación de forma y un préstamo de una forma escrita. Hace falta, en resumen, hacer captar cuáles son las continuidades reales, en el curso de la historia de una lengua o en el cuadro de sus contactos, dónde se encuentran las rupturas, las intervenciones conscientes, las creaciones arbitrarias, por qué y cómo se produce tal evolución, tal contagio, tal préstamo.

»Realizar todo esto reclama no sólo el trabajo en equipo de especialistas diversos, sino además la paciencia y la seriedad indispensables a cualquier empresa de gran aliento y un sentido muy agudo para comprender de qué modo funcionan las lenguas.»

De un modo más profundo y, si se quiere, más actual, J. Picoche en «Problèmes des dictionnaires étymologiques» (*Cahiers de lexicologie*, XVI, 1970, pp. 53-62), volvía a plantear estas cuestiones: el número de palabras que se deben admitir (ahí está la discusión de los tecnicismos, los arcaísmos, neologismos, regionalismos, el *argot*, etc.), la forma de presentar los resultados de la investigación etimológica (con discusión o sin ella), la abstracción cómoda pero poco científica del diccionario etimológico consagrado a una lengua después de los avances de los métodos comparativo y geográfico-lingüístico, el agrupar las palabras por familias (hay palabras compuestas en las lenguas románicas que se remontan al latín,

¿deben figurar junto a la simple o se les debe conceder historia propia?, lo mismo sucede con los neologismos de raíces existentes ya en la lengua, etc.), los problemas del significado (calcos, desplazamientos, polisemia, etc.) y del uso de las palabras, la noción misma de diccionario.

Si descendemos al campo de la etimología en las lenguas indoeuropeas y concretamente al latín, surgen nuevos problemas. No es exagerado decir que la historia de las etimologías corre paralela de la historia de la lingüística y que ambas progresan. En empresas de gran envergadura, como el *Thesaurus Linguae Latinae* (*ThLL*), los principios teóricos en que se basa la investigación etimológica al comenzar la obra están ya anticuados y superados por el desarrollo de su propia ciencia. Es cierto que en un diccionario etimológico como el de Menage de la lengua francesa (1694) se ha verificado un 80 por 100 de las etimologías propuestas, pero no debemos ignorar que entre un Forcellini y nuestros días han pasado el descubrimiento del indoeuropeo, la gramática comparada y los neogramáticos, el estructuralismo, el generativismo y otras corrientes y teorías de mayor o menor fortuna que van desde el historicismo y el idealismo a la teoría de las larinales, y todo ello deja huella en la formación de los etimólogos y se va reflejando, parece que a duras penas, en la lexicografía. Tal vez no resulte chocante afirmar que en lo que a etimologías se refiere, vivimos todavía de la ciencia de los neogramáticos y el historicismo, sin haber probado, al menos en los diccionarios de latín, los planteamientos de la geografía o de la sociología lingüísticas, aunque se vayan incorporando con mejor ritmo los progresos de la semántica.

II DICCIONARIOS LATINOS NO ETIMOLOGICOS

Resulta sorprendente observar que en las introducciones a los diccionarios latinos de carácter general no suele prestarse un mínimo de atención al tratamiento de la etimología, no se suelen explicar cuáles son las intenciones y los alcances del contenido etimológico —que nunca falta— de cada uno de esos diccionarios, nada se dice de la situación científica desde donde se reconstruyen étimos. En vano buscara el lector más precisiones como las que figuran, de un modo ejemplar, en el aún caliente primer fascículo del *Diccionario General Etimológico* (*DGE*), publicado por el CSIC (pp. XXXVII-XXXVIII), es la primera vez que en un diccionario de esta magnitud se incorpora, por ejemplo, la teoría larinal de un modo decidido para remontar las palabras al indoeuropeo y establecer las conexiones imprescindibles dentro del griego y con otras lenguas indoeuropeas (véase, por ejemplo, ἀάω).

Sin embargo, los principios teóricos que deben regir la presentación de las etimologías en los diccionarios latinos, no faltan. Es una excepción a lo que venimos diciendo el diccionario de Freund, *Wörterbuch der lateinischen Sprache* (vol. I, Leipzig, 1834), que en las páginas XIII ss se plan-

tea precisamente el «Etymologisches Element» Aunque las corrientes de la lingüística general y de la filología clásica hayan avanzado mucho desde su publicación, su carácter de excepcional en el campo que nos ocupa, permitirá centrar el problema en los diccionarios latinos, allí se plantean, por primera vez en lo que conocemos, problemas que siguen vigentes en la lexicografía actual, los mismos, aproximadamente, de que hemos hablado al principio de estas páginas el problema de los compuestos y de las familias con la misma raíz, la relación —todavía incipiente— con otras lenguas indoeuropeas, cuál debe ser la forma escogida para la comparación (¿la del latín de Cicerón, la del período de Ennio, los fósiles de los gramáticos?), etc , y reconoce Freund, refiriéndose a este elemento etimológico en su diccionario «Dier hat einen sehr leichten und einen uberaus schwierigen Theil», la parte fácil corresponde a las etimologías de la lengua (compuestos y derivados), la difícil, que dividía a los investigadores de su época, es la etimología externa Ofrece raíces similares en otras lenguas, pero sin decidir la filiación de cada una de ellas

Cabe presumir, aun a falta de confesiones explícitas, que cada gran diccionario latino intenta reproducir la situación de la investigación etimológica en su tiempo, pero la ausencia de criterios uniformes hace desembocar en incoherencias que, con el paso de los años y el avance de la investigación, se van agrandando como si de una lupa de aumento se tratase Veremos algún caso En definitiva, el recurso más cómodo y, por qué no, seguro sea echar mano del diccionario o diccionarios etimológicos latinos más apreciados y verter sus soluciones en el caldero donde se cuece el diccionario general Ninguno de ellos reconoce tener ese equipo de etimologistas que se considera indispensable para la elaboración de esos datos, ninguno reconoce explícitamente qué diccionario etimológico del latín utiliza, ninguno explica de dónde salen sus «elementos etimológicos» En definitiva, parece que la etimología es un adorno útil pero muy secundario y se resuelve de un modo expeditivo, porque suponemos que si esas indicaciones de étimos que figuran en el *Oxford Latin Dictionary (OLD)*, por ejemplo, fuesen muy complicadas de elaborar, se haría mención de la penosa tarea —porque todo el mundo reconoce que es penosa— y de quién la llevo a cabo Volvemos a poner de ejemplo el *DGE*

1 En el *ThLL* las noticias etimológicas se deben a R Thurneysen y J B Hofmann En este caso, las referencias etimológicas se extienden algo más que en los demás diccionarios latinos generales, no es difícil encontrar tras el lema y las abreviaturas gramaticales que le conciernan, una etimología con referencia bibliográfica y los resultados en lenguas románicas con su respectiva referencia al *REW* (véase *agger*, por ejemplo), todo ello entre paréntesis cuadrados, cuando el étimo es una palabra de otra lengua, pero no atestiguada en ella, se sustituyen los paréntesis cuadrados por * (por ejemplo **amphitheâtricus*), si se trata, tan sólo, de un

prestamo léxico, figura la palabra original al lado de la latina (por ejemplo *amphodon*, ἀμφόδον)

Pero tal vez revistan más interés las palabras indoeuropeas para ellas no se ofrece una raíz indoeuropea, sólo los respectivos resultados en otras lenguas, como sucede en el caso de *mater*, y ello con amplitud, incluyendo dialectos itálicos cuando en ellos esta documentada la palabra, y los significados de ella cuando varían con respecto al latín (en este caso, *alban* motre 'soror')

2 En el *OLD* la etimología figura entre paréntesis cuadrados, tras el lema y la abreviatura gramatical correspondiente (de género, parte de la oración o tipo de verbo). La indicación etimológica se reduce a un solo étimo: el de la lengua prestamista, o los resultados en otras lenguas indoeuropeas, pero mucho más abreviado que en el caso del *ThLL* (véase *mater*, por ejemplo) y sin bibliografía

3 En el *Forcellini-De Vit* no es aquí, desde luego, donde hemos de venir a enterarnos de las etimologías de las palabras latinas. A pesar de las sucesivas ediciones y reactualizaciones, en una palabra como *mater*, que ya hemos visto en otros, sólo pone «μητήρ et Dorice μάτηρ», con referencias a lenguas modernas como el inglés, alemán, francés, italiano, español, eso en una impresión que lleva a pie de página el año de 1965 (reimpresión de la cuarta edición 1864-1926, ampliada en 1940). Por supuesto, en las etimologías internas no hay problemas *perficio* (*per et facto*)

4 Tal vez resulte más innovador el *Lewis-Short*, que es el primero en señalar raíces indoeuropeas como étimos latinos, sin olvidar, claro está, las referencias —aunque breves— a otras lenguas y señalar las particularidades del significado *mater* [root *ma-*; Sans. and Zend, to make, measure, like gr. μήτηρ, the maker, akin with Dor. μάτηρ; Ger. Engl.] En los préstamos no anda tan acertado por señalar la forma jónico-ática y no la del dialecto prestamista (cf. *machina* = μηχανή).

5. Recientemente, un diccionario que comienza a publicarse con vocación renovadora (en el CSIC de Madrid, el primer fascículo, que incluye una lista de autores y los lemas *a-abaheno*, es de 1984) hace las siguientes precisiones en su introducción: «Se consigna, por lo general, la etimología explícitamente, incluso para indicar, mediante interrogantes, que es desconocida o que no es de fiar ninguna de las propuestas. Por ejemplo, *Abali*, -*orum* m. pl. (<ε ?>), y sigue, «las indicaciones etimológicas son, habitualmente, muy breves, incluso en caso de consignarse más de una por no hallarse razones decisivas en favor de ninguna predominante. Sólo se da un desarrollo amplio cuando se puede hacer una crítica oportuna de alguna de las aducidas.» Y más abajo: «Las de aglutinados y compuestos constan sencillamente de los elementos componentes, separados por coma, por ejemplo *ābaetō* (*ā*, *baetō*). Las procedentes de elementos o ter-

minos ajenos van anunciadas mediante <, por ejemplo, *abgrego* (< *ab, grex*) Se exceptúan los meros préstamos, que no llevan antepuesto signo ninguno, por ejemplo, *Abdā* (hebr *Abdā*) En principio se han evitado las reconstrucciones de términos indoeuropeos Lo que se supone un étimo de un vocablo latino en dicha lengua se formula a base de la mención de los testimonios de otras lenguas indoeuropeas que le corresponden también, por ejemplo, *accipiter* (< indoeur, cf ὠκυπέτης, sans *āsupātrā*) » Y finaliza «La etimología figura siempre que es posible, cuando no hay una indiscutida, se procurará mencionar críticamente las más aceptables »

6 En los diccionarios generales de uso, como el F Gaffiot, se descomponen las palabras compuestas, se señalan los etimos griegos en los préstamos, se hace una indicación a la palabra «cabeza de familia» en el caso de los derivados y nada más Incluso hay casos en que un lector poco avisado quedará definitivamente desorientado cuando vea al lado de *fero* (φέρω), al lado de *pes* (πούς) y junto a *lego* (λέγω), (μήτηρ) tras *māter* y (πατήρ) tras *pater*, ¿valen lo mismo esas indicaciones en los casos citados que en otros como *māchīna* (μηχανή) o *baptismum* (βαπτισμός)? Porque nadie ponía en duda en 1934 —al menos entre los filólogos clásicos— que el latín ya no venía del griego y que existía una cosa llamada indoeuropeo Claro que, esta situación confusa de un diccionario tan meritorio como el mencionado, puede agravarse —ya lo advertíamos— cuando en un «hijo» suyo se interpreta indiscriminadamente esa palabra griega como étimo siempre y se dice explícitamente *pes*, del gr πούς *Peccata minuta* (Blánquez, todavía en 1967)

La sencillez y claridad han desembocado en simpleza y oscuridad, mejor no traicionar al lector, mejor no ofrecer indicación ninguna La clave, sin duda, está en los diccionarios etimológicos del latín, a donde se acude con el cantaro para llenarlo de étimos En principio, nadie se plantea la necesidad de «hacer etimología» al elaborar un diccionario latino general y, sin embargo, también han llegado a eso en el *DGE*, claro que esa solución por la vía de en medio tiene sus problemas la discusión etimológica no cabe en él, las referencias bibliográficas mínimas tampoco y, por tanto, a veces quedará el lector sorprendido por las novedades, las muchas novedades, para tranquilizar las conciencias anuncian en el prólogo la publicación detallada de esas etimologías nuevas en *Emerita* Puede valer como sistema, en este caso podemos decir que el diccionario hace ciencia y se adelanta, en lo que a etimologías se refiere, a la situación de esta disciplina En principio no haría falta llegar a tanto, pero en el caso del latín no tenemos ni eso

III LOS DICCIONARIOS ETIMOLOGICOS DEL LATIN

La lexicografía etimológica del latín en la actualidad está escindida en dos ramas que se complementan mutuamente, lejos de contradecirse o anularse. Cada una de ellas está representada por un gran y, digamos, moderno diccionario etimológico. Nos referimos, claro está, a los de Walde-Hofmann, *Lateinisches Etymologisches Wörterbuch*, (tres volúmenes), Heidelberg, 1965⁴, y de Ernout-Meillet, *Dictionnaire étymologique de la langue latine Histoire de mots*, París, 1959⁴. El alemán es, en su género, el mejor instrumento de trabajo de que dispone la lingüística latina en materia de diccionarios etimológicos, más técnico y denso, profundiza en la parte etimológica con mayor riqueza de hipótesis y bibliografía que su rival francés, aparecido años después. El Ernout-Meillet es, con todo, imprescindible pues —como dice el título— a la parte etimológico-comparativa, obra prudente de Meillet, le acompaña una visión histórica de la palabra y de sus compuestos y derivados, debida a A. Ernout, dentro de la concepción de W. von Wartburg que afirmaba «*Etymologie ne veut pas dire un point lointain dans le passé, étymologie veut dire histoire du mot*», se trata de una obra magnífica que por su orden, sistematización y método, ofrece numerosas sugerencias de trabajos al filólogo clásico.

Decía A. Ernout en un animado artículo («*Remarques sur l'étymologie latine*», en *RÉL*, III, 1925, pp. 101-129) «Lo que sorprende en los diccionarios etimológicos hoy en uso, ya se trate de lenguas antiguas o de lenguas modernas, es la indiferencia que profesan cara a las palabras de las que se proponen dar el origen. Que su empleo sea raro o frecuente, correcto o vulgar, técnico o común —o las dos cosas a la vez—, que su aparición sea antigua o tardía, que la palabra haya tenido o no descendencia, que haya cedido, con el curso del tiempo, su sitio a un derivado o a un sustituto, que haya formado, sea por el sentido, sea por la forma, grupo con otras palabras, y que en el interior de este grupo se hayan producido influencias recíprocas entre ellas, en resumen, que esta palabra haya tenido o no una historia en el interior de la lengua a la que pertenecen, son cosas de las que los etimologistas no parecen preocuparse. Su labor está cumplida, les parece, una vez que bajo una rúbrica griega, latina, sanscrita u otra, han colocado un cierto número de formas sacadas de lenguas congeneres y más o menos parecidas (al menos en lo que concierne a la forma, porque el sentido no juega a menudo en la etimología moderna más que un papel secundario) a la palabra cuya filiación y parentesco se trata de establecer. Por lo demás, si las lenguas emparentadas no proporcionan palabras precisas que sean idénticas o comparables a la palabra examinada, queda el recurso a las raíces, y con los alargamientos por los sufijos, las variaciones de las bases, las adiciones de vocales protéticas, de infijos o de prefijos, todos los recursos de las alternancias, con una interpretación amplia y complaciente de las «leyes» fonéticas, no queda

ninguna palabra, por así decirlo, que permanezca irreductible y cuya etimología no se alcance a dar, o por lo menos, *una* etimología. Las rarezas, escasas, que se dejan sin explicar no están allí, se diría, más que para inspirar confianza al lector en cuanto a la solidez de las otras etimologías que se le proponen: las excepciones son una especie de patente de lealtad que el etimologista se concede a sí mismo. Pero con este sistema sucede que las palabras, en los diccionarios de este tipo, llegan a perder toda especie de fisonomía propia. Son abstracciones, antes que proporcionan materia a especulaciones más o menos probables, más o menos ingeniosas, pero que han sido despojadas de toda realidad concreta y viva. Y esto es tan cierto que, si se comparan diferentes diccionarios etimológicos, nos quedamos sorprendidos por la similitud absoluta de sus diferentes artículos [] veremos que se recubren exactamente y que son intercambiables. Sólo difiere el encabezamiento, pero son los mismos materiales lo que utilizan unos y otros, creeríamos que sólo hay un juego de fichas que los diferentes autores de diccionarios se habrían comunicado y transmitido con complacencia. » Más adelante, al hacer la crítica de su rival, el diccionario de Walde-Hofmann, señala con agudeza «olvida sistemáticamente dar el género de los sustantivos, no indica si se utilizan en singular o en plural, y si el empleo del singular no es posterior al del plural (o a la inversa), pasa en silencio los accidentes de su declinación que pueden informar sobre su forma primitiva, como la existencia de un doble ablativo en *-ī* y en *-ē*, o de un doble genitivo plural en *-um* y en *-uum*, omite a menudo la cantidad y siempre la cantidad de los finales, para las preposiciones, no dice regularmente de qué casos van acompañadas, para los verbos, no señala si su conjugación es defectiva o supletiva, si presentan o no huellas de conjugación atemática, que no da sus tiempos primitivos, ni siquiera cuando presentan anomalías. Para el sentido, incluso, se escoge el más común, sin ninguna preocupación por fijar su sentido primero en esa lengua, y que permitiría vincularlo a su antepasado indoeuropeo o a sus congéneres de lenguas emparentadas, al mismo tiempo que permitiría seguir su evolución en su propio medio. En cuanto a las formaciones derivadas o compuestas de una palabra simple —y a las aclaraciones y precisiones que pueden proporcionar al sentido, en cuanto a la supervivencia de formas latinas en las lenguas románicas—, a las creaciones nuevas o a las conservaciones que la lengua vulgar nos permite entrever, no se plantea cuestión ninguna. Todo lo que es la actividad propia de la lengua tratada, todo lo que concierne a su vida, su fisonomía, su originalidad, todo eso está descartado, y se tiene la impresión de que para el autor del diccionario la cuestión no existe. »

El resto del largo artículo constituye una detallada ejemplificación de cada uno de estos aspectos y cómo su no consideración ha provocado inexactitudes y errores en el diccionario de Walde-Hofmann: el género de *aequor* y su colocación delante de *aequus* de quien deriva, sin indicaciones de sentido que expliquen cómo de «igual» sale «mar», de *marmor*, *-oris*,

las influencias de campos semánticos vecinos (*aevum*, su género, frente a *aevus*, y *tempus*, *-oris*), etc. Todo, todo ello tiene su importancia al trazar una etimología y un buen diccionario etimológico no debe sustraerse a esa labor.

En lo que concierne a la etimología *sensu stricto*, en el diccionario de Ernout-Meillet no se proponen ni todas las etimologías posibles ofrecidas por los investigadores, ni ninguna etimología nueva, y ello porque, después de un siglo de estudios, las etimologías evidentes ya han saltado a la luz, las que no lo son tanto, no pueden discutirse ni presentarse sin discusión en el diccionario. Es decir, aquí sólo se pretende resumir críticamente los resultados conseguidos: por lo tanto, resulta superfluo trazar historias de etimologías o hacer referencias bibliográficas excesivamente detalladas (para esto está el Walde-Hofmann), pero en esos casos se intenta hacer con precisión, indicando si la palabra es de origen indoeuropeo común o sólo aparece en una rama del indoeuropeo, cuáles eran sus posibles formaciones, usos y significados, etc. Es decir, se procura acompañar cada aproximación con realidades morfológicas, semánticas o sociales. Sin embargo, no deja de sorprender que desde la primera edición sólo se hayan incluido algunas etimologías relacionadas con el hitita, cuyo desciframiento no pudo conocer A. Meillet, muerto en 1936, y ello no por la muerte del gran lingüista, sino porque A. Ernout parece creer que no ha habido grandes progresos en este campo entre 1932 y 1967. El diccionario de Walde-Hofmann sigue ampliando sus informaciones etimológicas con toda suerte de discusión y material bibliográfico. A pesar de todo, hoy día, en 1987, se podría avanzar bastante más en la fijación etimológica de algunas palabras, sin merma ostensible de la seguridad que pretendía Meillet.

Y toda esa investigación, con sus resultados y sus dudas, deberá ser definitivamente incorporada en los diccionarios generales del latín, teniendo en cuenta esfuerzos tan interesantes como los que ahora se proponen empresas como el *Diccionario Latino* que publica en Madrid el CSIC, que, bajo mi punto de vista, parecen haber logrado el equilibrio imprescindible entre la actualización del «elemento etimológico» y la prudencia necesaria que exige cualquier tratamiento de ese elemento.

* El tiempo transcurrido desde la redacción de este artículo ha visto la liquidación del proyecto del *Diccionario Latino* a que hago referencia en el último párrafo, poco podrá ya enseñarnos —y es de sentir— sobre las cuestiones tratadas en estas páginas.